

Momento del poeta

84H 9712

La única manera válida de recordar al poeta es ¿necesitamos decirlo? leyendo sus poemas. El poeta estaba de cumpleaños por estos días. (El poeta se murió de pena el año setenta y tres, pero como es poeta seguimos celebrándole sus cumpleaños y seguimos leyendo sus poemas).

El poeta, según dicen, nunca trabajó un día a nadie. Vamos entendiéndonos: nunca le habrá trabajado un día a nadie así en particular y a sangre fría; quizás no tuvo tiempo de trabajarle un día a nadie, ya que estuvo siempre muy ocupado perdiendo el tiempo. Escribió miles de páginas, desde "Crepusculario" y los "Veinte poemas" hasta los libros de su enfermedad -tan sanos, mire lo que son las cosas-, libros llenos de preguntas todavía sorprendidas ante un mundo sorprendente, incomprendible, hermoso y horrendo, lleno de amor y de injusticias.

(Cuenta un cronista chismoso que el joven poeta, cuando era funcionario del Ministerio de Relaciones, exigió una alfombra mullida para su oficina. Comprensible: la dignidad del cargo, señores. Comprensible y ejemplar: un día lo pillaron durmiendo la siesta, muy dignamente, en la alfombra).

Pero el hecho es que fueron miles de páginas. Páginas enormes, nimias, irregulares, estupendas, injustas, inolvidables, omisibles, apasionadas, burocráticas, clarividentes, miopes. Nos quedamos con lo mejor y todavía nos quedamos con

el mejor poeta que habremos de tener en muchos años. (Si es que tiene sentido establecer escalas poéticas).

Por ahora celebramos el cumpleaños de Pablo Neruda. (Si algo no tiene ya sentido es ponerse a preguntar cuántos años cumpliría).

Pablo Neruda no le trabajó, aceptémoslo, un día a nadie en particular. Había miles de páginas por delante, miles de experiencias que hacer poemas para ir así dándole sentido a tantas cosas; había miles de lectores ante quienes responder.

Queremos recordarlo. Escribir sobre él, más bien sobre su trabajo. Es un detalle que uno no tenga muchas ganas de trabajar. Mejor hojear un libro, quizás las queridas Odas Elementales. Redescubrir el lugar de lo grande o lo insignificante. La cebolla, el caldillo de congrijo, el amor, las aves de Chile, un día feliz, la envidia, la lluvia, el libro, la poesía, el tomate, la tristeza, César Vallejo, la vida. Buena cosa es leer las odas elementales tendido en la cama, sin luchar contra la siesta.

Y llega de pronto nítida, tranquila, dominante. Oda a la pereza. La oda no sube del suelo, la mano no quiere tomar el lápiz y anotar el rumor del agua, la arena, el cielo nublado, la abeja presa en la telaraña. ["En la noche,/pensando en los deberes de mi oda/ fugitiva,/me saqué los zapatos/ junto al fuego,/ resbaló arena de ellos/ y pronto fui quedándome/ dormido"].

Andrés Gallardo

000 180256

el du, Concepción, 5-VIII-1990 p. 3.

AUTORÍA

Gallardo, Andrés, 1941-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Momento del poeta [artículo] Andrés Gallardo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile